





ANTICITERA, ARTEFACTO DENTADO

LITERATURA





Aura García-Junco

ANTICITERA, ARTEFACTO DENTADO



FONDO EDITORIAL TIERRA ADENTRO 596

Este libro fue escrito con el apoyo del Programa Jóvenes Creadores 2014-2015 del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes y el Programa de Becas y Formación para Jóvenes 2016-2017 de la Fundación para las Letras Mexicanas.

Programa Cultural Tierra Adentro
Fondo Editorial

Primera edición, 2018

© Aura García-Junco

© Adolfo Weber por fotografía de portada

D.R. © 2018, de la presente edición:

Secretaría de Cultura
Dirección General de Publicaciones
Av. Paseo de la Reforma 175, col. Cuauhtémoc,
C.P. 06500, Ciudad de México

ISBN 978-607-631-005-2

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito de la Secretaría de Cultura/Dirección General de Publicaciones

Impreso y hecho en México

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA



Índice

- [13] PRIMERA PARTE: LA INVENCIÓN DEL COSMOS
- 49 Intermedio I. Maquinaria de maravillas
- [51] SEGUNDA PARTE: DEL OTRO LADO DEL MAR
- 77 Intermedio II. La gran enciclopedia
- [79] TERCERA PARTE: ORÍGENES
- 107 Epílogo. Quien escribe los secretos
- 109 Notas de la autora





Para Angélica y Manuel

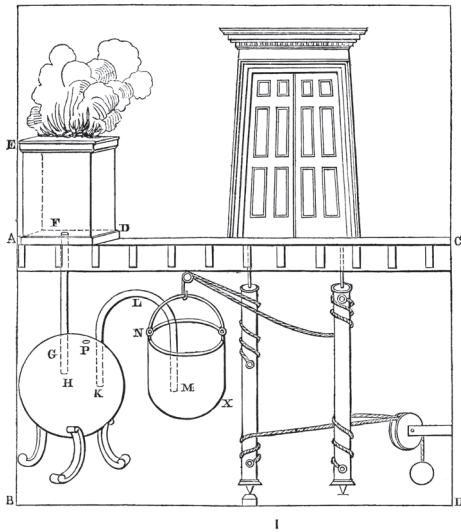
Para Ramón, por siete años de buena suerte





y, como no tenía nada verídico que contar pues nada digno de ser relatado me ha sucedido, me orienté a la ficción, pero con mucha más honestidad que los demás, pues diré la verdad cuando afirmo que miento.

LUCIANO DE SAMOSATA, *HISTORIA VERDADERA*





PRIMERA PARTE
LA INVENCIÓN DEL COSMOS



Para seguir el recorrido de una gota a través de este mecanismo, bastaría con unir los puntos que Herón de Alejandría trazó en su mapa de armado. En cambio, para entender las repercusiones de su invento, habría que seguir la gota desde el momento en que sale y toca las manos de quien puso la moneda.



Próspero sigue las instrucciones

PRÓSPERO BOSQUEJA LA MÁQUINA: une sus partes con líneas azules, escribe las letras de los ángulos con tinta roja. El artificio dará agua bendita a cambio de una moneda. Próspero, diligente y meticuloso, dibuja el líquido, la ranura para la moneda, la vara. Sigue el escrito griego, el conjuro mágico arcano. Termina al fin, después de horas de trabajo. El boceto, rojo y azul, funciona.

Próspero despega con cuidado los trazos del papel. Los estira poco a poco hasta que el oxígeno los llena y toman cada vez más consistencia: el peso del agua lo obliga a poner el aparato sobre la mesa.

Ahora, la moneda se acerca tímidamente; luego, más segura. La ranura se abre, elástica y real, y, de repente, un clic.

Próspero sonríe y la gota bendita cae al suelo.

Boldini encuentra otra obsesión

NICHOLA BOLDINI PERDIÓ LA RAZÓN como tantos otros genios a los que les es imposible dejar de pensar en su arte. La locura le impidió completar el gran proyecto de su vida: el cubo de los sonidos. Una caja enorme, capaz de albergar a diez hombres de pie, con superficies irregulares, llenas de salientes y depresiones de materiales variados. El eco rebotaría reproduciéndose, bifurcándose en todas las direcciones y mezclando sus ondas. La experiencia nunca sería igual, pues ningún rincón de la caja repetiría un sonido. Entre las piedras y maderos, los más tímidos timbres se esconderían, sólo para salir transformados en fuentes de nuevas sensaciones. En su imaginación, cada onda era un color cambiante: ligero en algunas ocasiones, y en otras, de una intensidad tan grande que apabullaba los sentidos. Un mundo constituido únicamente para los oídos.

Boldini sacrificó todo por su proyecto. Su fortuna, que era cuantiosa, perduró muchos años gracias a su buena administración, mas, al final de su cordura, quedó a un paso de la pobreza.

La fama le llegó en vida y desde incontables lugares. Condes, duques y grandes señores acudían a buscar consejo del inventor musical, pues ésta era su labor y en ella su ingenio era insuperable. Creaba nuevos instrumentos: clavicordios con más teclas, laúdes más pequeños, cajas de resonancia, artefactos que contaban a la vez con cuerdas y percusiones. Esta actividad, sin embargo, también la abandonó por la imaginaria caja: ignoró las peticiones de los viajeros y rechazó los trabajos que antaño estimulaban su mente.

En alguna ocasión recibió a un elegante mensajero. Tenía un pedido especial: una viola da gamba que pudiera tocarse con una sola mano; era para un conde manco que había perdido parte de su extremidad izquierda en una guerra religiosa. La trágica imagen de aquel que, a pesar de su deseo, es incapaz de producir arte lo hizo aceptar esta última solicitud.

Comenzó a construir el instrumento desde cero, pues el arco debía ser más corto. Una niña con una mano deforme de nacimiento le sirvió de asistente y primera usuaria. La pequeña realizó tan bien la tarea que Boldini le regaló una muñequita articulada, parte de su colección de autómatas.

Después de innumerables pruebas, la viola funcionó. Boldini se presentó en la casa del conde, quien al fin, después de tantos años, pudo interpretar la música que creía perdida. En pago, el noble le prometió financiar la construcción de la caja, sin importar que no la comprendiera del todo. ¿Por qué alguien soñaría con un mundo sólo de sonidos, pero a la vez sin música? Porque lo que Boldini buscaba no tenía un solo acorde, ninguna majestuosa estocada de viola ni un retumbar de timbal.

El tiempo avanzaba y el artista nunca estaba conforme; la fortuna del conde comenzaba a resentir el proyecto. Aunque Boldini no decía palabra alguna, en su apariencia se intuían los signos de la desesperación. Aquel que podía devolver la música a quien la había perdido no era capaz de atraer los sonidos, ni siquiera ofreciéndoles un lugar para que habitaran a su antojo.

Un día cualquiera, Boldini entró en la caja, cuya oscuridad se tornó absoluta cuando cerró la puerta tras de sí. No había más que silencio; el silencio más majestuoso e intenso que había escuchado.

Cuando el conde llegó a indagar sobre los avances del experimento, encontró a Boldini eufórico en el interior de la caja. No se sabe si el tirón vino de adentro o de afuera; el caso es que la caja atrancó sus puertas y se tragó a su creador.

Anticitera alberga un secreto

NACIÓ CON EL NOMBRE DE FRINÉ, pero ya nadie la conoce de esa manera. Ahora la llaman Luciano y la tratan como a un muchacho. A sus doce años, llegó a Siracusa, harapienta y llena de hambre. Cuando alguien la confundió con un niño, no dudó en seguir con ese juego. No le fue difícil: su complexión delgada y huesuda le facilitó esconder cualquier rasgo de femineidad. Ahora tiene diecisiete y la consideran discípulo de Arquímedes. Sin embargo, si le preguntaran, ella respondería que, más que aprender de él, guarda en el cofre de los propios los secretos del matemático.

Un secreto: Arquímedes tiene un rollo de papiro muy viejo; afirma que es una copia de otro y que proviene de la Atlántida. Friné ha escuchado esa historia más de una vez. Su maestro, obsesionado, sostiene que es un instructivo para armar un mecanismo astrológico singular, y que, si no lo ha construido, es porque puede mejorarlo. Ella le cree: lo ha visto hacer cálculos por horas; contar los dientes necesarios para que las piezas, jugando en cohorte, cumplan sus deseos. También lo ha ayudado; para este momento, después de tres años a su lado, es buena en mecánica y en matemáticas. Los experimentos del viejo son a menudo propuestas de ella, y, cada vez más, la deja resolver los algoritmos mecánicos que mueven las partes.

Friné se emociona soñando por las noches con el hijo que espera, el lejano artilugio al que ya le ha dedicado tantas horas. Sueña con la bóveda celeste vista a través de un enorme engrane.



De Johannes S.

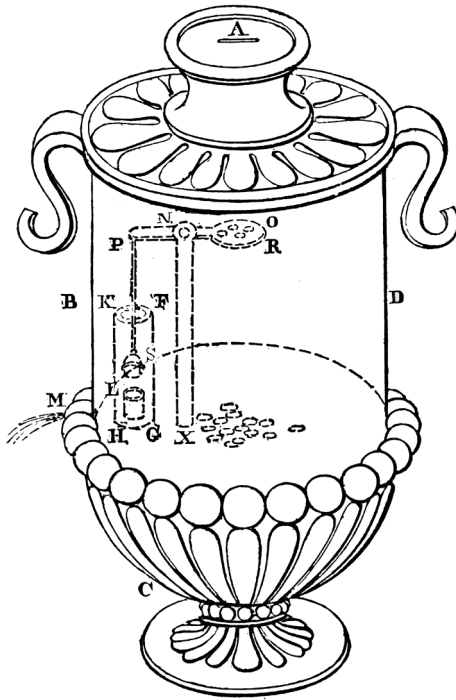
EL MANUSCRITO ME DEJÓ ARRUINADO. Recorrí el mundo entero, de Finisterra hasta el Tule, para buscar las piezas de la máquina. Las encontré, luego el aparato entero, y viví por ello las más crueles consecuencias.

Te diré ahora que ya no dudo que de él sale la más terrible música, la de las esferas, tal como la describió Platón.

El conde de Alfaz suspira por lo perdido

LO QUE MÁS EXTRAÑABA el señor conde de Alfaz era abrazar con ambos brazos el frágil cuerpo de su única hija, una niña flaca y pálida que apenas se levantaba de la cama. Su segundo dolor más grande era el abrumador silencio de esas noches melancólicas en las que, después de someter a alguna criadita para penetrarla, se sentía más solo que nunca, y añoraba un tiempo distante, cuando llenaba el vacío del aire con el sonido de su viola da gamba. Finalmente, el señor conde de Alfaz añoraba la resistencia de los cuerpos mientras eran atravesados por la espada; la mano que le faltaba era, por desgracia, la mano buena. Aun entonces, tres años después de su pérdida, no se fiaba de la otra.

Agua



Boldini, primer encuentro con la máquina

ERA UN NIÑO CUANDO LOS PEDAZOS HERRUMBROSOS llegaron a mis manos. En ese entonces, todo el mundo me tomaba por un tonto. Mis propios padres, crueles como siempre, no dudaban en señalar con desprecio mi lentitud; ni en encerrarme, en ocasiones por un día entero, en cualquiera de los muchos cuartos de esta villa.

Sucedió una de esas veces. Me había cansado de llorar y gritar para que algún sirviente abriera la puerta; estaba acurrucado en una esquina de mi prisión y revisaba cada uno de sus detalles. Esa tarde, la monótona familiaridad de los rincones fue interrumpida. Había algo distinto: un cofre pequeño y tosco sobre la mesa que estaba en una esquina. Me acerqué. No tenía llave.

Al asomarme, me encontré con algo que parecía un juego de artificios compuesto por ruedas planas. Las había dentadas y completamente redondas, de bronce y de algún metal similar al oro. Eran alrededor de veinte y tenían distintas proporciones. Las saqué y las ordené en la mesa en función de su forma y tamaño. Había más piezas abajo: láminas de metal y palancas. La mayoría eran sólo partes sueltas, pequeños pedazos rotos que ni el más avezado reconstructor de vasijas de barro se hubiera atrevido a volver a unir. Incluso algunas de las ruedas, que se veían robustas y de materiales fuertes, estaban quebradas. La última placa que hallé, en el fondo del cofre, estaba atascada, y, por más que jalé, fue imposible sacarla. No podía notar detalles porque estaba parado en puntas, pero alcancé a ver un grabado que me recordó un mapa. Una bóveda celeste trazada

de manera esquemática sobre el metal. Era parecida a las imágenes que mi tutor me había mostrado en las lecciones que, en esa época, se me antojaban mortalmente aburridas.

Quise entender lo que se encontraba frente a mí y comencé a juntar piezas por donde intuía que se habían unido alguna vez. Fue una labor inútil. El mecanismo era imposible de comprender. Sólo después de varios años sabría la forma en que tantas partes pueden trabajar a la par, como una enorme cohorte de soldados. Horas de esfuerzo pasaron en vano, y, justo antes de que llegara a la desesperación, un ruido interrumpió mi juego: la puerta se abrió y mi cautiverio terminaba.

Alguien recibe un manuscrito

QUIEN HAYA TRANSCRITO ESAS LETRAS lo hizo con especial afecto. Los monjes copistas dedicaban gran parte de su día a llenar, con las manos siempre en alto, los inmensos manuscritos. No es de extrañar, entonces, la cantidad de omisiones, mezclas, sustituciones, duplicaciones e incluso disparates que pululan en los textos que, recorriendo el puente del tiempo, nos han llegado. Si ni siquiera la reciente invención de la imprenta ha podido terminar con las erratas, ¿cómo explicar la perfección de la copia que reviso: los dibujos, los esquemas, las miniaturas?

Se trata además, cosa rara, de un escrito en griego. Podemos asumir que fue encargado por una persona instruida y reproducido también por otra. En los siglos oscuros eran pocos quienes entendían la lengua o aun sus rudimentos. Juan Escoto, por ejemplo, era famoso por ello: le valió la reputación del hombre más culto de su época.

Yo no soy un erudito. No sé leer griego y no sé qué verdades aguardan detrás de las combinaciones de su alfabeto. Puedo, sin embargo, sentir las ondas que irradia el pergamino. Cuando cierro los ojos y lo toco, repaso en mi cabeza las imágenes, y cada trazo y cada medición se vuelven reales. Es como si el objeto saltara del libro a mis manos. Si Anselmo creó un dios del lenguaje, de lenguaje e imagen pueden ser también mis inventos. La atracción que ejerce el misterio me obliga a no separarme del manuscrito. Me han ofrecido traducirlo, pero no sé si quiero hacerlo.

Al final, prefiero mantener esta relación poco clara con los signos, esa entrañable neblina del pasado.

Addenda: Hay entre las líneas una palabra en latín. Permanece en el fondo, borrosa. No sé exactamente qué dice, pero, si alguien me preguntara, yo le diría que dice algo así como “Eloísa”. Una sola palabra: “Eloísa”.

El sueño de Boldini

EN MEDIO DE UNA ENORME PIEZA DENTADA, la bóveda celeste brilla, engalanada con luciérnagas: todo a su alrededor es borroso. Sólo el centro del engrane es claro. No puedo apartar la vista; mis manos, autómatas, comienzan a unir engranes chicos y grandes que aparecen debajo de las estrellas. Trabajan con la misma pericia con la que las mujeres tejen enormes telas blancas. Mis ojos delinean las uniones entre los astros y absorben cada destello de la luna; los hacen bailar al ritmo del sonido del metal.

Conforme los años pasan, el sueño se vuelve más puntual: aumenta la precisión del plano celeste a tal grado que, al despertar, se sorprende por su nitidez. Lo compara con los mapas de la biblioteca, y descubre que ahí, en el papel, está lo que los párpados cerrados tallaron en su mente.

Orquestadas por ecuaciones, las piezas se ajustan una con otra, como en un reloj. Ya lista la danza de los engranes, vienen las tapas; las tomo, son rectángulos de oro que puedo labrar. El metal es suave como cera. Con una plumilla trazo un punto en el centro. Alrededor de esa marca, dibujo círculos y ahí monto los planetas y estrellas, todo aquello que mis ojos ven a través del engrane mayor.

Soñar con el aparato empieza a ser un acto que puede provocar a voluntad. Antes de dormir, se impone retos: mirar

tal o cual constelación, seguir determinado camino de estrellas, observar con mayor detenimiento ciertas piezas complicadas o finalizar más rápido el armado de las tapas. A pesar del control que tiene sobre los sueños, hay algo incomprendible: la finalidad del aparato. ¿Qué es?

Está terminado. De un lado gira el sol y del otro la luna. Las perillas que le puse a los lados esperan ser giradas. Alzo la mano y la coloco encima. Ciño los dedos alrededor y...

Siempre despierta. Unas veces, algún sirviente, asustado por sus risotadas, entra; la mayoría, el mismo grito de victoria es culpable de la vigilia, que a partir de ese momento no puede interrumpir por el resto de la noche.

Lo voy a conseguir: las perillas, bajo mis palmas; comienzo a darles vuelta, y, de pronto, estoy de nuevo en ese cuarto, frente a la gran caja. Me pongo de puntas y descubro que vuelvo a ser ese niño que se asombra noche tras noche. Mi mano continúa con el movimiento de rotación, pero ahora se encuentra a sí misma recibiendo agua de la máquina de Herón. A su lado, un hombre en toga sostiene una tiza roja y una azul. Lo miro y se agacha para dibujar sobre el suelo terroso un esquema que no entiendo.

Ya no hay astros, ya no hay engranes, sólo un niño con su misterio. Y, al despertar, la misma frustración.